

Los conventos de Monterrei (Ourense), el Cristo de las Batallas y las devociones franciscanas

JOSÉ MANUEL GARCÍA IGLESIAS¹

Resumen

Los franciscanos tuvieron asiento en dos de los tres conventos sitos, en su día, en Monterrei (Ourense): en el suyo, en una primera etapa; y en el de los jesuitas, después. En los altares de sus respectivas iglesias se veneraron devociones mostradas a través de una imaginería en la que destaca el Cristo de las Batallas. Por otra parte se constata la presencia, en este contexto conventual, del culto a diversas devociones franciscanas, algunas propias del territorio auriense; es el caso Francisco Blanco y Sebastián Aparicio.

La posibilidad de que el retablo pétreo de Santa María de Monterrei, así como otras piezas medievales, sitas en la misma iglesia, procedan del primer convento franciscano se tiene, también, aquí en cuenta.

Palabras clave

Monterrei (Ourense), Convento de San Francisco de Monterrei, Cristo de las Batallas (Verín), Retablo pétreo de Santa María de Monterrey, Catedral de Santiago de Compostela.

¹ Grupo Francisco de Moure y Universidad de Santiago de Compostela. Trabajo realizado dentro de las actividades vinculadas con los Programas de Consolidación e Estructuración de Unidades de Investigación Competitivas GRC2013-036 y R2014/024 (Redes de investigación), relacionadas con el grupo de investigación Iacobus (G1-1907) al que, también, pertenezco. Dirección electrónica: josemanuel.garcia.iglesias@usc.es



FIGURA I
Monterrei. Castillo
e iglesia de Santa María.

I.- Monterrei, asiento de tres conventos

Monterrei (Ourense)², punto de referencia del condado, y castillo, que lleva su nombre³, contó con tres conventos⁴; en dos de ellos vivieron franciscanos; en el suyo propio, primero, y en el de los jesuitas, más tarde⁵. También, al lado del castillo, en lo alto de lo que fue un antiguo castro, se encuentra la iglesia parroquial de Santa María de Monterrei, vinculada al monasterio de Celanova por 1274⁶ (FIG. 1).

Una relativa relación de este lugar con la peregrinación a Compostela, como espacio por el que discurren caminos que vienen de las tierras zamoranas y del norte de Portugal, es cuestión, también, a tener en cuenta⁷.

-
- 2 Véase B. F. Alonso, «La villa de Monterrey», *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense*, nº 87, 1912, pp. 232-236; J. Taboada, «Monterrey: resumen histórico y arqueológico», *Boletín del Museo Arqueológico Provincial de Orense*, t. III, 1947, pp. 27-43; X. Taboada Chivite, *Monterrey*, Santiago de Compostela, 1960; N. Peinado, «El castillo de Monterrey», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*, nº 42, 1963, pp. 211-218; X. Taboada Chivite, *Guía de Monterrey*, Vigo, 1968; G. Gómez Nieto, «Monterrey», *Gran Enciclopedia Gallega*, t. 21, 1974, pp. 194-196; G. Gómez Nieto, «Monterrey, Condado de», *Gran Enciclopedia Gallega*, t. 21, 1974, pp. 196-197; E. Pardo de Guevara y Valdés, «Breves notas sobre la nobleza gallega del siglo xv», *Hidalguía*, nº 157, 1979, pp. 882-883; X. Dasairas Valsa, Xerardo, *Monterrei 1494-1994: 5 séculos de cultura*, Sada, A Coruña, 1994; M. X. Vázquez López, «El señorío de Monterrei. Los Biedma, los Stúñiga y los Ulloa», *Estudios mindonien- ses*, nº 13, 1997, pp. 187-308; J. L. Senra Gabriel y Galán, *Monterrei: historia, arte, colección visitable*, Santiago de Compostela, 2001; A. Taboada Sanz, *La acrópolis de Monterrey*, 2005, <http://www.taboadasanz.es/images/file/laacropolisdemonterrey.pdf>; J. García Oro, M. J. Portela Silva, *O Condado de Monterrei no século XVI: estudo histórico e colección diplomática*, Noia 2006; C. Oliveira Serrano, «Los señores y el Estado de Monterrey (siglos XIII-XVI)», *Cuadernos de España*, t. 80, 2006, en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0325-11952006000100007; Y. Barriocanal, «Monterrei, “a mais egrexia fortaleza de Galicia”, na obra de D. Xesús Taboada Chivite», *Boletín auriense*, nº 37, 2007, pp. 207-232; B. Fernández Rodríguez, «El conjunto histórico de Monterrei: estado de la cuestión», *Boletín auriense*, nº 38/39, 2008/2009, pp. 91-114; F. Fariña Busto, Y. Barriocanal López, «Da agonía e ruina de Monterrei ás expectativas cara o seu futuro», *Boletín auriense*, nº 38/39, 2008/2009, pp. 233-250; Plataforma en Defensa do Castelo de Monterrei, «Ataque privatizador á fortaleza de Monterrei: mobilizacións sociais en contra» *Tempos novos: revista mensual de información para o debate*, nº 203, 2014, pp. 8-11.
 - 3 Véase Vázquez López, 1997, pp. 187-308.
 - 4 Véase X. Taboada Chivite, «Los tres conventos de Monterrey», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Ourense*, nº 17, 1951, pp. 245-262.
 - 5 Véase M. Castro, *La provincia franciscana de Santiago. Ocho siglos de Historia*, Santiago de Compostela, 1984; P. Leza Tello, «Apuntes para la historia de San Francisco de Monterrei», *Diversarum rerum*, nº 7, 2012, pp. 109-169; J. M. García Iglesias, «Francisco en Galicia, Ochocientos años después. La Iglesia de Trandeiras, en Xinzó, conserva el espíritu franciscano.», *El Correo Gallego*, 30, Noviembre de 2014, <http://www.elcorreogallego.es/monograficos/800-aniversario-francisco-de-asis>
 - 6 Taboada, 1947, p. 41.
 - 7 B. González Sologastúa, *Monterrey y el Camino de Santiago*, Madrid, 1944; M. D. Barral Rivadulla, «Un Ejemplo de arquitectura civil medieval: El Hospital de Peregrinos de Monterrei», *Porta da Aira*, nº 6, 1994/95, pp. 240-241.

2.- El convento de San Francisco

Hoy tan solo, y apenas, queda en la memoria a través de algún dato documental que lleva a reconocerlo como uno de los tres. Los otros dos eran de mercedarios (1484) y jesuitas (1555). Era el más antiguo de los que existió en lo que fue aquella villa de realengo, asentada en el solar de un antiguo castro, nacida, hacia 1266, cuando era rey Alfonso X el Sabio. Pues bien, hasta aquí llegaron los frailes mediante una fundación que ha de datarse entre 1290 y 1302, año en el que hay constancia de su existencia al aludirse, en un testamento, «a os frades menores de Monte Rey...»⁸.

Pasado un tiempo desde su asentamiento, en 1323 se solicita su cambio de ubicación —concretamente a Viana do Bolo—, aludiendo a que el lugar en el que se hallaba era insalubre y morían muchos frailes. Lo cierto es que se localiza hacia el lado noroccidental del recinto amurallado, en un espacio que, al hacerse una nueva defensa —en el contexto de 1640, en guerra con Portugal—, que asume un mayor perímetro, queda integrado en el conjunto fortificado; en la documentación anterior, se dice, por lo tanto, como es lógico, que está «extramuros de la villa de Monterrey»⁹.

En su historia se distingue una etapa claustral, o conventual, que dura hasta 1567, momento en el que asumen la Observancia, tiempo en el que, según se dice, en el siglo XVIII, fue «...Casa de Noviciado, y de Artes algunos años y es uno de los medianos y bien socorridos de la Provincia por la suma devoción a nuestro santo hábito, y por tener un paysano tan ilustre como San Francisco Blanco, a devoción de los Señores Condes de Monte Rey, Patrono de estos Estados»¹⁰.

La Orden Tercera tuvo, también, en ese ayer franciscano de Monterrei, una presencia. Su origen se ha datado hacia 1700¹¹ y debió de perdurar en tanto los frailes tuvieron aquí convento ya que era la iglesia de éstos el lugar de culto que utilizaron.

Un plano, firmado por Miguel Moreno, de 1762¹² es el que nos otorga la forma más fidedigna sobre el tamaño y forma de este convento por aquel entonces. Dado que la razón de este dibujo estriba en justificar la propuesta de ampliación de las defensas, incorporando a la parte fortificada tanto su espacio como el propio de los jesuitas, lleva a tratar, con una cierta detención, ambos conjuntos en los que se distingue, puntualmente, la superficie de sus respectivas iglesias. En el caso de la franciscana, sus pies, con la supuesta portada correspondiente, miran, precisamente, hacia la parte más elevada de Monterrei, con su castillo, y puede verse como es de nave única y cabecera semicircular.

8 Leza Tello, 2012, p. 112.

9 Así se cita en una carta de foro datada en 1513, en Leza Tello, 2012, p. 145.

10 J. Castro, *Primera Parte de el Arbol Chronologico de la Santa Provincia de Santiago*, 1722, p. 221.

11 Leza Tello, 2012, p. 132.

12 Véase J. Gómez Iparraguirre, «Plaza de Monterrei con propuesta de ampliación de sus defensas (planta). Moreno. 1762», en A. Vigo Trasancos (dir.), *Galicia en el siglo XVIII, Planos y dibujos de arquitectura y urbanismo (1701-1800)*, t. I, p. 663; II, p. 361.

Desde lo que se desprende de diferentes documentos, alusivos al culto en su iglesia, cabe citar, en ella, la presencia de las devociones a santa Catalina, (antes de 1436), san Juan Evangelista y nuestra señora de la Concepción (antes de 1596), el buen Jesús (fundada en 1596), nuestra señora del Rosario (antes de 1599), el buen suceso (fundado en 1631), y san Antonio de Padua (antes de 1666).

Todavía, a mediados del siglo xx, al tratar sobre lo que fue la fábrica original de los franciscanos en Monterrei, se nos dice que «Quedan unos muros derruidos y un trozo de abovedado. La mayor parte de su piedra fue empleada para embaldosar las calles de Verín, empedrar aceras, arreglar la iglesia de Verín y el atrio de Monterrey, construir un dique para encauzar el Támega, etc.»¹³. Ante la reclamación de quien había adquirido tal propiedad, allá por 1851 –Benito Diéguez Amoeiro–, se le reconoció a éste una parte de la propiedad de lo que, en aquel momento, quedaba en pie¹⁴. En 1947 la propiedad estaba en manos de Recadero Romero, de Verín¹⁵.

3.- El convento de los Jesuitas, un nuevo espacio franciscano

Por un información de 1823, se sabe que el convento de San Francisco, ya en aquel momento, «...se halla del todo arruinado, pues solo se conserva un tramo cubierto, pero casi todo sin teja, en lo demás no se distinguen sino sus paredes casi del todo arruinadas, no se encuentran en el sitio tres puertas viejas, que la una con llave es la que da la entrada y sirve de portería»¹⁶.

¿En donde estaban, pues, en este momento los franciscanos de Monterrei? Tras la extinción de la orden de los jesuitas en España, en 1767¹⁷, y por merced real, el sitio de lo que había sido convento de la Compañía¹⁸ les iba a ser concedido a los franciscanos quienes tenían, también, una muy larga tradición, aquí, en el ámbito de la enseñanza, y que ahora iban a mantener, en la medida de sus posibilidades, en este nuevo espacio que asumen, anteriormente ya ocupado en tareas docentes¹⁹. Y es que el convento franciscano

13 Taboada, 1968, p. 57. Véase Taboada, 1960, pp. 103-106.

14 Dasairas Valsa, 1994, pp. 102-103.

15 Taboada, 1947, p. 39.

16 Leza Tello, 2012, p. 132.

17 Véase J. R. Hernández Figueiredo, «Destino de los jesuitas expulsados de los Colegios de San Juan Bautista de Monterrey-Verín y del Nombre de Jesús de Ourense», *Auriensia: publicación anual del Instituto Teológico «Divino Maestro» de la Diócesis de Ourense*, nº 13, 2010, pp. 271-313.

18 Véase E. Rivera Vázquez, «La Compañía de Jesús y sus colegios en Galicia, en tiempos de Felipe II», en A. Eiras Roel (coord.), *El reino de Galicia en la monarquía de Felipe II*, Santiago de Compostela, 1998, pp. 635-651; J. R. Hernández Figueiredo, J. D. Penín Martínez, «El Colegio Jesuítico de San Juan Bautista de Monterrei-Verín: memorial del proceso de una expulsión», *Hispania sacra*, nº 117, 2006, pp. 101-141; E. Rivera Vázquez, *El sorprendente colegio de Monterrei*, Madrid, 2006.

19 Véase E. Rivera Vázquez, «Monterrey, un proyecto de universidad en la Galicia del siglo xvi», en *Jubilatio: homenaje de la Facultad de Geografía e Historia a los profesores D. Manuel Lucas Alvarez y D. Angel Rodríguez González*, Santiago, 1987, I, pp. 273-283.

de Monterrei, además de estudios, en su noviciado, de Filosofía (a partir de 1647)²⁰ y de Gramática (ya en 1323 y, constatados, entre 1825 y 1832²¹), funcionó como colegio de seglares, en 1323, siglo XVI; 1734 y 1829²².

En todo caso, la ocupación del convento de los jesuitas por parte de los franciscanos no debió de ser inmediata con respecto a la expulsión de aquellos. Todavía, en 1777, se nos dice que «Al norte del castillo, y aún dentro del recinto de la plaza, hay un convento de padres franciscanos muy observantes y tan afectos a la enseñanza de los pueblos, que sólo por esto, sin otro interés, enseñan Moral y Filosofía a los que quieren concurrir»²³. En la misma fuente se nos señala que, por entonces, en relación con el colegio de los jesuitas, que es un espacio abandonado, con iglesia y en el que «...las aulas se conservan fuera del recinto de la Casa que tiene hermoso claustro alto y bajo decentes y espaciosos aposentos»²⁴. En cualquier caso, desde el mismo momento de la citada expulsión, el espacio jesuítico fue otorgado a los franciscanos, tal como se deduce, de un documento, que recoge el modo en el que se acometió la citada expulsión, en el que, ya consta que «se hizo entrega al P. Guardian de S.n Fran.co»²⁵.

Se ubicaba este anterior recinto jesuita justo en el lado opuesto al que, hasta ese momento ocupaban los franciscanos, en un sitio conocido como «Penedo Blanco»²⁶. Y también este asentamiento de los jesuitas iba a quedar, en el XVII, integrado en el conjunto defensivo por entonces levantado. Sobre su iglesia, en 1778, en un informe del ayuntamiento de Monterrei al Consejo Real, se dice que es «...es de la mejor y más espaciosa fábrica de esta Provincia...; tenía capilla mayor y siete altares laterales»²⁷.

El inventario que se hace, por parte de los delegados de la desamortización, en 1835²⁸, testimonia como aquella iglesia, antes jesuita, se había adaptado al mundo devocional franciscano. «Así, en su altar mayor, había imágenes de una Concepción con una corona de plata... Santa Rosa (seguramente, de Viterbo), San Bernardino de Sena, San Francisco con un crucifijo, San Buenaventura, un crucifijo de cuerpo, san Francisco Blanco, un niño Jesús... y, además, un San Ignacio, recordando los tiempos de la todos de palo y

20 M. R. Pazos, *Los Estudios en la Provincia franciscana de Santiago (Tratado histórico)*, Madrid, 1967, p. 44.

21 Pazos, 1967, pp. 26-27.

22 Pazos, 1967, p. 90.

23 P. González de Ulloa, *Descripción de los Estados de la Casa de Monterrey en Galicia (1777)*, Santiago de Compostela, 1950, pp. 52-53.

24 González Ulloa, 1950, pp. 53-54.

25 Transcripción del documento, «Monterrei / Resumen del / Proceso/ Sobre la Expulsion. / & / Regulares», en Hernández Figueiredo, Penín Martínez, 2006, p. 121.

26 E. Rivera Vázquez, *Galicia y los jesuitas. Sus colegios y enseñanza en los siglos XV al XVIII*, La Coruña, 1989, p. 150.

27 Rivera Vázquez, 1989, p. 565.

28 Véase A. López, «Franciscanos exclaustrados de Monterrey en el año 1835», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Orense*, nº 242, 1938, pp. 489-494.

FIGURA 2
Verín, Iglesia de Santa María a
Maior, Cristo de las Batallas



construcción antigua»²⁹. Contaba como segundo altar el de la Purísima Concepción, patrona de los franciscanos. También tenía altar propio san Francisco, al que acompañaba, en este caso, dos devociones propias de la Orden: Benito de Palermo y Sebastián Aparicio, natural de A Gudiña y reconocido como beato desde 1789, con particular culto en estas tierras aurienses. Así mismo había aquí altares a san Antonio de Padua, el Sagrado Corazón de Jesús, San José..., habituales en los templos franciscanos. Se cita, igualmente, un altar de san Francisco Javier que rememora, en cambio, la época en que estaban aquí los jesuitas, aún cuando, en 1835, se aludía a este lugar designándolo como «San Francisco de Monterrey»³⁰.

No corrió mejor suerte la casa de los jesuitas, utilizada por los franciscanos. Es a partir de 1851; en 1853 se dice que «...tan solo se conserva en aquel sitio la pared de una capilla que tenía la iglesia del convento la casa

de los señores de Amueiro y la cátedra de la primera enseñanza»³¹. Ya en el siglo xx sus «...piedras fueron aprovechadas para cimentar un parador de turismo construido en el solar e inaugurado el año 1965, sin la menor alusión al vínculo histórico allí existente»³².

4.- El Cristo de las Batallas

Entre los bienes que los franciscanos heredaron, en lo que concierne a la imaginería presente en su iglesia, cabe una cita particular el denominado Cristo de las Batallas (FIG. 2), hoy, en la iglesia de Santa María a Maior de Verín³³. Su llegada a Monterrei ha de ser en los años anteriores a 1655, en que se alude ya a «...la Capilla del Santo Cristo que está al lado derecho del Evangelio»³⁴. Esa denominación –Cristo de las Batallas– se venera

29 Leza Tello, 2012, p. 166.

30 Leza Tello, 2012, p. 166.

31 Rivera Vázquez, 1989, p. 652.

32 Rivera Vázquez, 1989, pp. 566, 652.

33 Se sabe que, por 1843, «...unas manos piadosas recogieron la imagen y la depositaron a la puerta de la iglesia parroquial de Verín, La reclamó el que entonces era sucesor de los patronos de la capilla, que la devolvió a su lugar, hasta que viendo la ruina creciente que allí se experimentaba, la entregó al párroco de Verín, en cuya iglesia se sigue venerando, hoy día, en la capilla mayor», en Rivera Vázquez, 1989, pp. 565-566. Había sido, concretamente, la familia Amoeiro la que lo había reclamado ante el Supremo Consejo, en Taboada, 1960, p. 83. Inicialmente estuvo, sin embargo, dispuesta en la capilla de la Virgen de los Dolores, la única que se abre, en este templo, en su nave, hacia el lado sur; allí aún estaba en 1960, en Taboada, 1960, p. 129.

34 Rivera Vázquez, 1989, p. 152.

también en templos de Ávila, Salamanca, Cáceres, Santiago de Alcántara... ¿Tendrá que ver, en este caso, con el clima belicoso, con los portugueses, que se vivía en estas tierras de Monterrei cuando llega, precisamente, esta imagen?

Con ese telón de fondo, de cariz bélico, que esta talla, por su denominación, exige, no deja de ser significativo lo que se relata en un texto, escrito en septiembre de 1642, por el jesuita José Martínez, quien nos habla de la «...batalla, que se dio en el valle de Monterrey, una legua de él anduvieron los Padres de Casa muy alentados y peligrosos, causando al ejercito edificación y al señor Virrey (Martín de Redín)... cuatro Padres (de la Compañía) que hoy salieron, los dos, el P. Rector y el P. Ministro, confesaron casi todo el ejercito y con una Cristo en las manos animaban a la gente...»³⁵.

Estamos ante una obra que, además, hace suponer, por su entidad, que haya sido donada por alguien ciertamente poderoso ¿Sería éste el VI Conde de Monterrei, Manuel de Azebedo y Zuñiga (1586-1653)³⁶? Este noble, gran mecenas y coleccionista de arte, había sido, en 1640, Teniente General de los ejércitos, en la revuelta de Portugal, conocida como la Guerra de Restauración portuguesa, cargo que se le retiró al año siguiente. Cabe recordar, además, que fue este personaje, patrono *in solidum* de este colegio de Monterrei, enviado por Felipe IV como embajador extraordinario, en 1622, para asistir a la canonización de san Ignacio y san Francisco Javier, y que, en 1623, había firmado un convenio con los jesuitas que beneficiaba la economía de esta casa.

Pues bien, el papel del VI conde —el último que es miembro de la Casa de Monterrei en línea directa— en la guerra con los portugueses, así como su relación con los jesuitas, así como el hecho de que Monterrei sea un territorio colindante con el territorio con el que se combatea puede, quizás, justificar el título que se le otorga a este Cristo, de autor desconocido, del tiempo de este personaje, y de indudable mérito.

Se ha relacionado este Cristo de las Batallas³⁷ (FIG. 3) tanto con el arte de Gregorio Fernández como con el de Montañés³⁸. Es de tamaño superior al natural que, en el altar que originariamente ocupaba, compartía espacio, al menos por 1835, con cuatro relicarios,

35 Rivera Vázquez, 1989, p. 156.

36 Véase Taboada, 1960, pp. 68-81; Taboada, 1968, pp. 40-42; Dasairas Valsa, 1968, pp. 45-46.

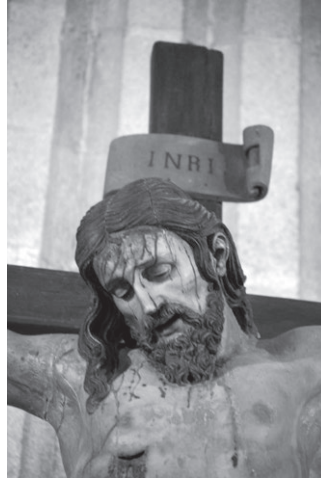
37 «Es robusto y musculoso sin ser grueso... Tiene 1,90 metros de alto, 1,95 de extremo a extremo de los brazos en cruz, 1,15 de perímetro torácico y 0,50 de grosor de la pantorrilla. Cuello excesivamente fuerte; abundancia de sangre en las heridas del costado, frente, rodillas, pies y manos; pelo que cae en guedeja o mechón sobre el costado derecho, con la típica terminación en punta...barba rizada; ojos entornados con lágrimas en el izquierdo; rictus de labios; oreja izquierda al aire con sinuosidades acusadas; cabeza de honda emoción religiosa; tez morena; un solo clavo en los pies y pureza blanca con ángulos, formando ásperas quebraduras», en Taboada, 1960, p. 131.

38 Véase X. Taboada Chivite, «El Cristo de las batallas de Monterrey, su historia», *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Ourense*, nº 4, 1948, pp. 273-281. Sobre el contexto castellano en que cabe valorar la posible autoría de esta escultura véase J. J. Martín González, *Escultura Barroca Castellana*, Madrid, 1959.

FIGURA 3
Verín, Iglesia de Santa María a Maior,
Cristo de las Batallas



FIGURA 4
Verín, Iglesia de Santa María a Maior,
Cristo de las Batallas



también de madera³⁹; en su rostro sus ojos se cierran, la frente está poblada de sangre, el mentón, vencido... (FIG. 4).

Evidentemente responde, aproximadamente, a la época de éstos pero, a nuestro modo de ver, quizás fuese más idóneo –en la búsqueda del taller en el que ha de localizarse– su realización en alguno de los mejores del Madrid de hacia 1640; así bien, desde el de Domingo de la Rioja⁴⁰, Manuel Pereira⁴¹ o el de Juan Sánchez Barba⁴², se podría atender a un encargo, quizás, como antes se decía, realizado por un noble tan egregio de la Corte como era el VI conde de Monterrei.

Es, quizás, con las formas del taller de Domingo de la Rioja con quien guarda esta talla más afinidades. Él es, también, el autor del Cristo de la Victoria del Santuario de la Serradilla (Cáceres), a relacionar con la beata Francisca de Oviedo y con una visión de un religioso al que Cristo se le había dirigido: «¿Qué más pude hacer por los hombres?». La

³⁹ Leza Tello, 2012, p. 167.

⁴⁰ J. J. Martín González, *Escultura Barroca en España 1600-1770*, Madrid, 1983, pp. 265-267.

⁴¹ J. Urra Fernández, «Introducción a la escultura barroca madrileña. Manuel Pereira», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, t. 43, 1977, pp. 253-268; M. Agulló y Cobo, «Manuel Pereira, Aportación documental», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología: BSAA*, t. 44, 1978, pp. 257-278; Martín González, 1983, pp. 258-262; R. Sánchez Guzmán, *El escultor Manuel Pereira (1588-1683)*, Madrid, 1988; J. Nicolau Castro, «Nuevas obras de Manuel Pereira localizadas en Toledo (?)», *Archivo Español de Arte*, n° 280, 1997, pp. 443-449.

⁴² Martín González, 1983, pp. 262-264; J. M. Cruz Valdovinos, «Noticias sobre el escultor madrileño Juan Sánchez Barba (1602-1670) y su Familia», *Anales de Historia del Arte*, n° 1, 1989, pp. 197-207.

mencionada beata hará el encargo atendiendo a una formulación que se asemeja, en este caso, al de la visión de San Gregorio diciendo misa. Tras ser acabada se expuso en la iglesia de San Ginés, en Madrid, y fue vista por el rey Felipe IV que la mandó llevar a palacio, en donde estuvo entre 1635 y 1637. Con todo ello se hizo la imagen popular en Madrid y fue objeto de varias copias⁴³. Es probable que el éxito de este trabajo de Domingo de Rioja le ofreciese la posibilidad de hacer otros temas, más o menos similares, dentro del ambiente de la Corte, en el que se contextualiza al conde de Monterrei. El tratamiento anatómico de este Cristo de la Victoria y del de las Batallas, con independencia de que asumen iconografías diferentes guarda, también ciertas afinidades.

¿Y si no fuese en Madrid, en dónde buscar un maestro para hacer una talla de este estilo?, ¿Salamanca? De ser así, habría que buscar una relación con un taller como el de los Paz, Antonio y Andrés, activos por estos años y seguidores de las formas de Gregorio Fernández⁴⁴. La relación del VI conde de Monterrey con Salamanca es clara; allí tiene casa y en esa ciudad recibirá sepultura, en el panteón familiar, sito en la iglesia conventual de las Agustinas Recoletas, fundada, precisamente, por este noble y en la que se guarda su monumento funerario, encargado al italiano Giuliano Finelli por 1630.

De una u otra manera lo más lógico parece vincular este encargo, por su entidad, con el conde de Monterrei. En cualquier caso la capilla del Santo Cristo se vinculará, también, a la familia Sotelo. Por 1634 Francisco Sotelo, vecino de Monterrei, había hecho una limosna importante para la construcción de la iglesia y había conseguido permiso de enterramiento en una capilla lateral. Será Felipe Sotelo, abad de Santa María de Riós, quien pague, entonces, las obras de las rejas, puerta, así como «abrir entierros» en la capilla en cuestión⁴⁵. La opción de que este abad haya encargado la obra también debe de ser tenida en cuenta, así como que haya sido encargado por alguien de esta familia, como se ha dicho antes de 1655⁴⁶, siempre, en todo caso, en una cronología anterior a 1668, momento en el que Portugal se separa de España definitivamente.

5.- Devociones franciscanas

¿Procedió la escultura inventariada, por 1984, en la iglesia de Santa María de Monterrei, en una parte significativa de la misma, de la antigua iglesia de los jesuitas⁴⁷, después en manos franciscanas? Se citan, al respecto, entre otras, una Inmaculada, un Crucificado, los bustos relicarios de San Ignacio y San Francisco Javier, un San Sebastián, San Miguel, Virgen con el Niño, San Antonio, Virgen del Carmen, Virgen de la Anunciación, Vir-

43 J. Hernández Perera, «Domingo de la Rioja. El Cristo de Felipe IV en Serradilla», *Archivo Español de Arte*, 25 (1952), pp. 267-286; J. J. Martín González, *Escultura Barroca en España 1600-1770*, Madrid, 1983, p. 265-267.

44 Véase J. J. Martín González, *Escultura Barroca Castellana*. Segunda parte, Madrid, 1971, pp. 19-34.

45 Rivera Vázquez, 1989, p. 152.

46 Rivera Vázquez, 2006, p. 62.

47 Rivera Vázquez, 1989, p. 566.

FIGURA 5
Monterrei, Castillo,
San Bernardino de Sena



gen de la Gracia, San Roque, San Juan Bautista, San Francisco⁴⁸.

Pues bien, tales tallas se reparten, actualmente, entre la iglesia parroquial y el castillo, hoy convertido, también, en Parador. Si tenemos en cuenta aquellas devociones que se enumeran, por otra parte, en el Inventario de 1835 —relativo a la antigua iglesia de los jesuitas, ya franciscana—⁴⁹ cabe deducir que alguna de esas imágenes deben de proceder de tal lugar, llegando hasta la parroquial en un momento inmediato a la Desamortización.

En el castillo, puede verse hoy una figura con hábito franciscano que se reconoce como San Francisco. El hecho de que no se presente con los estigmas, por una parte, y, por otra, que no se aproxime su forma a lo que se dice en el inventario del XIX, con respecto a dos imágenes alusivas a esa devoción —«...con un crucifijo» (altar mayor), «...con su abito, rosario, crucifijo»

y una diadema pequeña de plata de raíos» (altar de San Francisco)⁵⁰—, lleva a entender esta escultura bien como la de San Bernardino de Sena o la de San Buenaventura, ambos presentes en el altar mayor, tal como se describe en el inventario en cuestión; a nuestro modo de ver, al no hacerse, en esta obra, alusión a la condición cardenalicia de San Buenaventura, se trata de una representación de San Bernardino de Sena (FIG. 5). La imagen de San Benito de Palermo (FIG. 6), que se cita en el inventario en el altar de San Francisco, ha de ser la que se encuentra, también hoy, en el castillo.

Llama la atención cómo los franciscanos de Monterrei subrayaron cultos franciscanos propios de estas tierras. La inmediatez, y la fama, del Bon Xesús de Trandeiras, también de la Orden, justifica que, por cuatro ocasiones, se considere su culto en su iglesia de Monterrei (FIG. 7); se cita su presencia, por dos veces, en el altar mayor, «...un Jesús de latón», «un Niño Jesús de palo y construcción antigua»; y, además, «la efigie del Niño Jesús», en el altar de san Antonio, y «la efigie del Niño Jesús», en el altar de san José⁵¹; pues bien se conservan dos representaciones, en madera y como imágenes de vestir, del Buen Jesús, hoy en el castillo, que deben de proceder, ambas, de la franciscana

48 M. A. González García, J. González Paz, «Valoración y Catalogación», en J. C. Fernández Otero, M. A. González García, J. González Paz, *Apuntes para el inventario del mobiliario litúrgico de la Diócesis de Orense*, Vigo, 1984, p. 180.

49 Leza Tello, 2012, pp. 164-169.

50 Leza Tello, 2012, p. 166-167.

51 Leza Tello, 2012, pp. 166-167.

FIGURA 6
Monterrei, Castillo, San Benito de Palermo



FIGURA 7
Monterrei, Castillo, Buen Jesús



siendo la de apariencia más rústica la que habría de estar en el altar mayor. Un dato a tener en cuenta en este mismo sentido: es en 1596 cuando se funda, como se ha dicho anteriormente, en este convento una capilla dedicada al Buen Jesús; se debe a Juan de Nucedo, abad de Tamagos⁵².

No es cuestión menor que dos franciscanos de estas tierras aurienses tuviesen culto en los altares de la última iglesia jesuita. Así San Francisco Blanco se ubicaba en el altar mayor y San Sebastián Aparicio, en el de San Francisco⁵³; ambas representaciones están hoy en paradero desconocido.

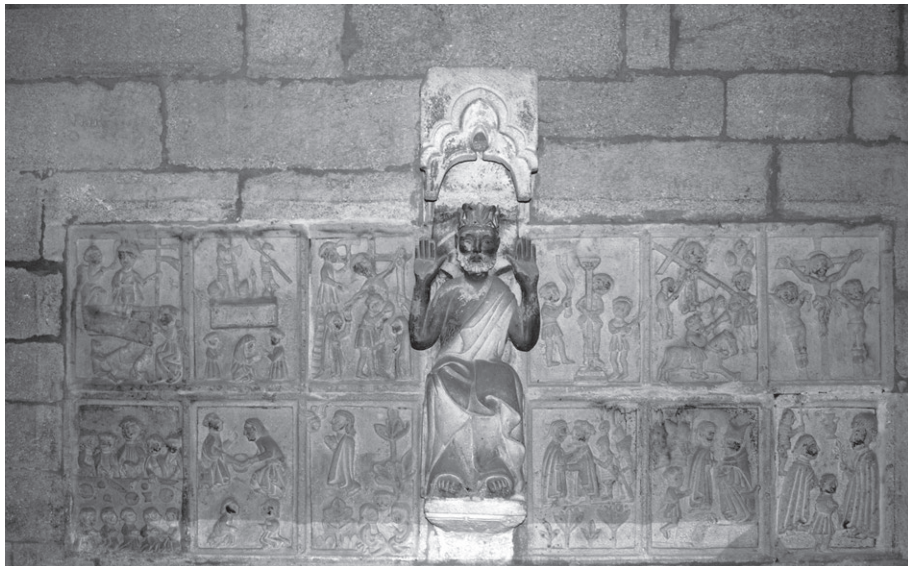
6.- El retablo pétreo de Santa María de Monterrei

¿Hay más indicios relativos al ámbito devocional franciscano hoy patentes en Monterrei? Aquella primera iglesia franciscana, que fue abandonada tras la expulsión de los jesuitas, debió de ser, en una fecha posterior a 1777, desmontada en buena medida. Su imaginería, y otros elementos patrimoniales, se llevarían, en parte, al nuevo templo y, en otra, a diferentes lugares sagrados.

⁵² Leza Tello, 2012, pp. 156-157.

⁵³ Leza Tello, 2012, p. 166-167.

FIGURA 8
Monterrei, Iglesia de Santa María, Capilla de la Anunciación, retablo pétreo



¿Pudo ser el retablo pétreo de Santa María de Monterrei⁵⁴ (FIG. 8) una obra trasladada desde el primer centro franciscano hasta la iglesia parroquial? De ser así habría de tener el mismo origen el Crucificado empotrado en la pared sur de la llamada capilla de los Condes de Monterrei, que es la única que se abre al lado sur de la nave de esta iglesia parroquial; se trata de un espacio que ha de ser realizado en la segunda mitad del siglo xv, muy posiblemente a partir de 1474⁵⁵, momento en el que el rey Enrique IV le concede el

54 Véase C. Manso, R. Yzquierdo Perrín, «A Arte Gótica», en R. Yzquierdo Perrín, C. Manso, *Arte Medieval (II)*, A Coruña, 1996, pp. 416-418; G. Fernández Moretón, *El retablo pétreo de Santa María de Monterrei*, Ourense, 2000.

55 Estamos ante un conde promotor de obras en Monterrei. Así lo testimonia una inscripción, en el acceso a la Torre Nueva, o Torre de Don Sancho: «NISI DOMINUS AEDIFICAVERIT DOMUN IN VANUM LABORAVERUNT QUI AEDIFICANT EAM. ESTA TORRE MANDARON FACER DON SANCHE DE ULLOA Y DONA TERESA DE ÇUÑIGA, SU MUJER, CONDE Y CONDESA DE MONTERREY. ACABOSE ANO DE MIL E CCCC E LXXX E II ANOS», La parte inicial de este epígrafe, en latín, se corresponde con el Salmo 127, en Taboada, 1947, p. 41; Taboada, 1968, p. 62. «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen», a partir de esa premisa, de fundamento religioso, se hace la obra humana, en este caso la torre, y también la capilla. Pues, bien, en torno a ese tiempo, 1482, cabe encuadrar, también, esta capilla. El epígrafe reitera una fórmula usual y que persevera; puede verse, en parecida forma, en la Casa Palacio de Villabona, o Palacio del conde de San Antolín y señor de Villorio (Llanera, Asturias), en un epígrafe a datar en 1669, véase en <http://www.asturnatura.com/turismo/palacio-de-vi->

título de Conde de Monterrey a Sancho Sánchez de Ulloa⁵⁶, personaje con un cierto protagonismo en el *Recuento de las Casas Antiguas de Galicia*, de Vasco da Ponte (1470-1535)⁵⁷, cuestión puesta en valor, también, por López Ferreiro, haciendo referencia a sus relaciones con el prelado compostelano, Alonso II de Fonseca⁵⁸, quien tiene dos hijos con doña María de Ulloa, hermana de este conde, uno de ellos Alonso III de Fonseca⁵⁹.

Las relaciones de la familia del Conde de Monterrei con la Catedral de Santiago son, en todo caso, manifiestas; se data por 1466 una donación, para su ciborio, de 272 reales de plata, que había dejado don Lope Sánchez de Ulloa y que entregan su viuda, doña Inés de Castro y su hijo, Sancho Sánchez de Ulloa⁶⁰, presumible propiciador de esta capilla, evocadora de una parte tan excelsa de la Catedral Compostelana, como es el ya citado ciborio, en su parte gótica⁶¹. Concretamente los personajes con trompetas que se disponen en los cuatro ángulos están inspirados en los ángeles que, en similar disposición, se ubican en la base de las trompas sobre las que se sustenta esa parte central del crucero santiagués. Tales figuras, en su versión compostelana, no tienen alas; como tampoco cuenta con ellas éstas de Monterrei, algo que los diferencia, también por cierto, de los cuatro ángeles que, igualmente con trompetas, se muestran, igualmente, en los ángulos del espacio propio del Pórtico de la Gloria, en el acceso al templo jacobeo⁶². Reiteradamente se ha interpretado a estas figuras de Monterrei con los «...cuatro profetas llamados mesiánicos: Isaías, Jeremías, Ezquiel y Daniel»⁶³; el hecho de que una de ellas se caracteriza con barba lleva a interpretarlos en tal sentido. También cabe, al relacionarse con el cimborrio catedralicio compostelano, entenderlos como ángeles que hacen sonar las trompas del Juicio Final⁶⁴, opción que parece más verosímil.

Por otra parte, en esta capilla hay dos imágenes pétreas, en la parte, alta configurando una Anunciación; María se dispone en la pared oriental de la misma y el arcángel, enfrente. Estamos ante unas esculturas que se concretan al tiempo que se construye este espacio. También esta devoción mariana tiene una presencia relevante, entonces, en la

llabona/1366.html. Véase J. C., Soto Boullosa, «Zona central: Concejos de Gozon, Carreño, Illas, Corvera, Llanera, Siero, Noreña, Ribera de Arriba y zona rural de Oviedo y Gijón», *Liño: Revista anual de historia del arte*, nº 3, 1982, pp. 484-485.

56 Véase González Sologaistúa, 1944, pp. 58-65; Taboada, 1956, pp. 441-445; Vázquez López, 1997, pp. 197-202.

57 V. de Aponte, *Recuento de las casas antiguas del Reino de Galicia*, Santiago de Compostela, 1986.

58 A. López Ferreiro, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, t. VII, Santiago, 1904, pp. 276, 281, 285-286, 288.

59 López Ferreiro, 1904, p. 313.

60 López Ferreiro, 1904, p. 322.

61 Senra Gabriel y Galán, 2001, p. 41.

62 «...el artista quiso representar aquí a los cuatro profetas llamados mesiánicos: Isaías, Jeremías, Ezquiel y Daniel», González Sologaistúa, 1944, p. 50.

63 González Sologaistúa, 1944, p. 50; Taboada, 1960, p. 123.

64 Senra Gabriel y Galán, 2001, p. 41.

catedral compostelana; en este sentido cabe citar el grupo que, entonces, está ubicado en la parte del trascoro; se trata de dos piezas en piedra caliza, que, al igual que aquí se guarda, se presenta, mediante dos figuras: la Virgen –como Nosa Señora da Preñada– y San Gabriel⁶⁵, en actitudes, por cierto, en Monterrei, muy semejantes a las que cabe valorar en este referente compostelano⁶⁶.

¿Es ésta una capilla funeraria⁶⁷? No se trata, en cualquier caso, de un espacio que se haga pensando en que va a estar aquí la tumba de quien, supuestamente, la promueve ya que, en sus dos testamentos, pide ser enterrado en el monasterio de Sobrado, «donde están su padre y sus abuelos»⁶⁸.

Por lo que se refiere, ya concretamente, al retablo pétreo, es cuestión indudable, que ha sido puesta ya de manifiesto, que estamos ante una obra, reubicada⁶⁹, anterior a la capilla, encajada en una pared previamente hecha⁷⁰. Se trata, por otra parte, de trabajo que cuenta, en sus relieves, con piedra caliza –¿provenirá de canteras portuguesas?⁷¹–, lo que lo diferencia del material granítico que es el propio de esta capilla.

Los relieves han sido, sagazmente, dados por Sánchez Ameijeiras hacia 1435, teniendo en cuenta cuestiones relativas a la indumentaria⁷². Por entonces Monterrei tenía la condición de señorío y, en él, a Diego López de Zúñiga, fallecido en 1417, le había sucedido D. Juan de Zúñiga y Biedma, a quien el rey Juan II le concedería el título de Vizconde de Monterrey en 1451. ¿Tendría este caballero algún tipo de relación con los franciscanos de Monterrei que justifique, en un primer momento, que se disponga este conjunto pétreo en su iglesia conventual? Ciertamente debía haber ya que, cuando fallece, en 1474, es sepultado en el monasterio de San Francisco de Zamora⁷³.

Una cuestión que no es menor: el retablo en cuestión, en su conjunto, obedece a dos manos diferentes. Por una parte está el Cristo que lo preside, fiel seguidor y. desde una

65 Véase R. Yzquierdo Perrín, «Anunciación», *Galicia No Tempo*, Santiago de Compostela, 1991, pp. 214-214.

66 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, pp. 435-437.

67 Fernández Somoza, 2000, p. 16.

68 Vázquez López, 1997, 201.

69 A. Vázquez Núñez, *La arquitectura cristiana en la provincia de Orense durante el periodo medieval*, Orense, 1894, p. 49; Taboada, 1947, p. 43.

70 La distribución del aparejo permite observar como las piezas del frontal, así como la escena de la Crucifixión, han sido colocadas haciendo hueco en una pared previamente levantada.

71 «...en piedra caliza, que no hay en el país, lo cual parece indicar que esta extraña obra debe haber sido traída de otra parte», en Vázquez Núñez, 1894, p. 49.

72 M. R. Sánchez Ameijeiras, «el arnés y el armamento del caballero medieval gallego (1350-1450)», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, nº 10, 1989, p. 432.

73 C. Fernández Duro, *Colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes a la provincia de Zamora o materiales para su historia*, Madrid, 1891, p. 573; Fernández Moretón, 2000, p. 57.

cierta lejanía cronológica, del arte del Pórtico de la Gloria⁷⁴. Por otra, los relieves propiamente dichos, mucho más rudos en su concepción artística.

Cabe valorar, además, la posibilidad de que la configuración del conjunto no responda a los criterios originarios y que, en principio, esta figura de Cristo participase de un diferente contexto iconográfico, diferente al actual; en este sentido, además de vincularlo a la figura central del tímpano compostelano que centra el Pórtico de la Gloria, cabe verlo, con una cierta y significativa proximidad, con el modo en que se representa el mismo tema en la portada occidental de San Martiño de Noia. También cabe relacionarlo con otra obra, gótica, de la catedral compostelana: el Cristo Juez, el Salvador, que centra el retablo de la capilla del Salvador, en la parte media de la girola⁷⁵.

Además a esta representación de Cristo la encarna, también, en cierto modo, la del propio Santo de Asís, que sintió en su cuerpo, y en su espíritu, el dolor de la Pasión de Jesús. Y así, mostrando sus llagas, con sus brazos elevados, igualmente, representaría Cornielles de Holanda, por 1516, a Francisco de Asís, al elevarlo a lo alto del retablo mayor de la catedral auriense, en un lugar de privilegio con respecto a la devoción mariana —una Asunción y Coronación de la Virgen— que, en la parte media, lo preside⁷⁶.

Hay algo más: el tipo de devociones que este retablo muestra, en sus relieves, está muy en la línea de aquello en lo que los franciscanos —quienes custodian los Santos Lugares desde 1342— ponen especial énfasis. Estamos antes doce escenas alusivas a la Pasión y Resurrección del Señor. Como se ha señalado, cabe descomponerlas en cinco planchas⁷⁷, que bien pudieron tener, en principio, una sistematización diferente, atendiendo a una ordenación cronológica de lo que, en ellas, se narra. En su nivel inferior una está constituida por la Última Cena, el Lavatorio y la Oración en el Huerto (el hecho de que se muestre en el centro el Lavatorio, rompe ya el discurso cronológico). Una segunda, por el Prendimiento y Jesús ante Caifás. Es, en tanto, una pieza aislada aquella que nos enseña a Jesús ante Pilatos.

En la parte superior del actual retablo se distribuyen dos planchas, una a cada lado de la figura de Cristo. En una puede verse la parte correspondiente del relato que muestra la Flagelación, el Camino del Calvario y la Crucifixión. En la otra, se rompe la ordenación habitual —que supondría las escenas dispuestas de izquierda a derecha, en un orden natu-

74 Véase, sobre esta temática J. C. Valle Pérez, «La descendencia del Pórtico de la Gloria fuera de Santiago», en *O Pórtico da Gloria e o seu Tempo. Catálogo da Exposición conmemorativa do VIII Centenario da Colocación dos dinteis do Pórtico da Gloria da Catedral de Santiago de Compostela*, Santiago, 1988, pp. 193-194; J. M. Caamaño, «Pervivencias y ecos del Pórtico de la Gloria en el gótico gallego», *Actas Simposio Internacional «O Pórtico da Gloria e a Arte de seu Tempo»*, Santiago de Compostela, 3-8 de Outubro de 1988, A Coruña, 1991, pp. 439-456.

75 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 439.

76 J. M. García Iglesias, «La capilla mayor y el coro», en J. M. García Iglesias (dir.), *La catedral de Ourense*, Laracha (A Coruña), 1993, p. 193.

77 Senra Gabriel y Galán, 2001, p. 44.

FIGURA 9
 Monterrei, Iglesia de Santa María, Capilla de la Anunciación, crucifixión



ral de lectura— ya que se disponen, en el orden contrario: la Resurrección, la Guardia del Santo Sepulcro y el Descendimiento.

Es evidente que todas estas escenas se corresponden con un mismo conjunto y que su disposición, en un espacio previo, se ordenaron de forma bien distinta, incluyendo, quizás, en el repertorio inicial, la ya citada Crucifixión (FIG. 9), actualmente dispuesta en el lado sur de esta misma capilla. Las columnas helicoidales, o torsas —concebidas de forma muy simplificada—, que encuadran esta imagen, rememoran, en cierto modo, el cordón franciscano.

Merece, en este caso, una particular valoración la escena que aquí denominamos como la Guardia del Santo Sepulcro (FIG. 10), atendiendo a que, en la misma, hay dos planos, de representación; en uno los soldados guardan, todavía, la tumba y, en el otro, los que puede verse es, en el centro, quizás, la soledad dolorosa de María⁷⁸ y, a sus lados, dos personajes que bien han sido vistos como donantes⁷⁹, bien a vincular, de algún modo, con el mundo franciscano⁸⁰, si se tiene en cuenta la proximidad de las vestimentas de ambas

78 La interpretación de esa mujer ante el Sepulcro también pudiera interpretarse como la Magdalena, la primera en ir hasta el sepulcro y en saber que Cristo había resucitado.

79 Fernández Somoza, 2000, p. 38; Senra Gabriel y Galán, p. 51.

80 «...hay entre los personajes un fraile, ceñida su túnica con el cordón franciscano...», en González Sologaitúa, 1944, p. 51.

FIGURA 10
Monterrei, Iglesia de Santa María, Capilla
de la Anunciación, retablo pétreo, guardia
del Santo Sepulcro



FIGURA 11
Monterrei, Iglesia de Santa María,
nave, pila de agua bendita



figuras con la representación de franciscanos⁸¹ así como, en lo que respecta a sus cabezas, el pelo, rizado de ambos, al modo mateano, disponiéndose de tal forma que asemeja una corona, lo que parece suponer la existencia de tonsuras a la romana, algo que utilizan, por entonces, los franciscanos. De considerarse correcta esta interpretación de tan ruda figuración lo mostrado sería congruente con el papel que la Orden desempeña, ya por entonces, en los Santos Lugares y, al tiempo, reforzaría esta hipótesis que lleva a vincular estos relieves con la iglesia del antiguo convento de San Francisco de Monterrey.

Por otra parte la base de la pila de agua bendita (FIG. 11) que hoy se encuentra a los pies de esta misma iglesia parroquial, al igual que en el encuadre de la Crucifixión, también parte de la forma de la columna torsa⁸², igualmente muy simple en cuanto a su factura, ¿procederá también del viejo convento de San Francisco de Monterrei?⁸³.

81 El frontal de San Martín de Mondoñedo, de fines del siglo XI, incorpora, también, figuras con hábitos sacerdotales en uno de sus niveles de representación. Véase J. Yarza Luaces, «Frontal de San Martín de Mondoñedo», *Galicia no Tempo*, Santiago de Compostela, 1991, pp. 184-185.

82 Cabe relacionarlas, también, con la forma de alguna de las columnas de altar medieval de la Catedral de Ourense, de 1188. Véase R Yzquierdo Perrín, «A Arte Protogótica», en R. Yzquierdo Perrín, C. Manso, *Arte Medieval (II)*, A Coruña, 1996, pp. 156-157.

83 La cronología de esta pieza es, sin embargo, muy discutible. Se ha datado, también, en el siglo XVIII, en Senra Gabriel y Galán, 2001, p. 53.

¿Sería en una fecha ligeramente posterior a 1777 –hasta esa data, al menos, están, como se ha dicho, los franciscanos ocupando su primer convento–, cuando se deja el primer templo franciscano, o en un momento anterior, cuando se traslada al templo parroquial, inmediato al castillo? Cualquier tiempo, desde que se hace esta capilla, puede ser oportuno. Los restos de policromía que pueden verse, no solo en el retablo sino también en la Crucifixión, así como en las esculturas que se han hecho, en origen, para este espacio –el grupo de la Anunciación y los ángeles de los cuatro ángulos–, participan de una misma coloración, que puede ser del siglo XVIII. El que los condes de Monterrei tengan como antecedente familiar a quien primero ostentó, con la misma denominación, el título de vizconde –posible patrocinador de este conjunto– podría justificar un traslado hecho ya en un primer momento.

7.- Otras piezas medievales

Hoy se encuentran en la parroquial de Monterrei imágenes que bien pudieron acompañar al retablo pétreo, hasta aquí, en ese supuesto traslado desde el primer convento franciscano, o bien pudieron ser realizadas, ya para este templo, a partir del momento en el que se levanta la capilla de los Condes y éstos asumen este espacio como propio. Nos referimos, concretamente, al Calvario⁸⁴, Piedad⁸⁵, Juan Bautista⁸⁶, San Sebastián⁸⁷ y Santa Catalina⁸⁸, con. En todo caso la calidad de las mismas lleva a relacionarlas con el mecenazgo de los señores de Monterrey, en la segunda mitad del siglo XV o, incluso, en algún caso, a principios del XVI.

Una reflexión final: más de quinientos años estuvieron los franciscanos al pie de la fortificación de Monterrei. Hasta que llegaron hasta aquí los mercedarios, en 1484, fueron los únicos conventuales, en estas tierras, y su presencia hubo de ser muy importante. A partir de 1767, tras la expulsión de los jesuitas, y durante sesenta y ocho años, hasta 1835, volvieron a ser la única referencia, en este mismo sentido, en este lugar. Por eso su huella –perdidos sus conventos– debe ser tan patente, como aquí hemos tratado de explicar.

84 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 451.

85 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 446.

86 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 448.

87 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 447.

88 Manso, Yzquierdo Perrín, 1996, p. 447.